

GÜIGÜE: UN NUEVO MONASTERIO BENEDICTINO, CON UNA NUEVA TAREA

I

Antes de esbozar lo que la comunidad de San José quiere que sea el nuevo monasterio de Güigüe, quizás sería interesante comenzar por responder a la pregunta por qué salimos de Caracas. Para ello es necesario volver la vista hacia atrás y ver un poco, el desarrollo y la evolución de la comunidad benedictina de Caracas.

Hay que afirmar de entrada que los benedictinos de Santa Otilia llegan a Caracas aquel 2 de abril de 1923, no con la intención de establecer la vida monástica en Venezuela ni la de misionar —con el valor que el término "misión" tenía para la época, es decir dar a conocer a Cristo en tierras paganas¹—, sino por razones económicas. En efecto, la fuerte penuria que se hizo sentir en todo el territorio alemán en los años siguientes a la primera guerra mundial, movió a los monjes de la Archiabadía de Santa Otilia, en Baviera, a buscar una ayuda más segura en los países católicos de Sudamérica, de modo que las misiones puestas en marcha por la Congregación Otiliense en África y Asia desde el siglo anterior, no fracasaran por falta de recursos. Con estos planes de colaboración económica en pro de la obra misional, llegó a Venezuela el pequeño grupo de benedictinos encabezado por el Padre Willibrordo Lay. Una vez en territorio venezolano, se les encomendó el internado para niños pobres y el Santuario de San José del Ávila que el Pbro. Santiago Machado había fundado a comienzos de siglo:

1. Recordemos que Venezuela ya había sido evangelizada, al menos teóricamente, por los españoles en los siglos de la Conquista y Colonización.

Santa Otilia vio la casa de Caracas como algo transitorio, una especie de Procura temporal destinada a recabar fondos para las "verdaderas misiones" de la Congregación. Esto ponía a la comunidad de Caracas en una situación excepcional: ni estaba en la misión, ni estaba al servicio de la misión como lo estaban las casas de Alemania. Esa comunidad "provisional" fue, sin embargo, echando raíces y en 1947 fue elevada a la categoría de priorato conventual en reconocimiento a su aporte económico en beneficio de las misiones africanas:

Seis años después, en 1953, el arzobispado de Caracas erige en San José del Ávila la parroquia de San Benito, con los barrios que poco a poco se habían ido formando alrededor del monasterio. De esta manera, la pequeña comunidad de Caracas va a ir acumulando una serie de actividades que la absorben:

— un colegio con más de doscientos alumnos;

— una parroquia de unas cincuenta mil almas, a las que, además de los servicios estrictamente pastorales, se les brindaban servicios sociales y culturales. La parroquia atendía igualmente la catequesis de siete grupos escolares y la animación de grupos juveniles y de apostolado seglar;

— la atención espiritual de los cuatro hospitales de la zona;

— varias capellanías de religiosos.

Es cierto que con esas actividades la comunidad prestó un gran servicio a la Iglesia local y especialmente a los pobres, pero la comunidad benedictina como tal, sufrió y no aparecía como comunidad monástica, aspecto que justamente comenzaba a ser revalorizado por los Capítulos Generales de la Congregación a raíz del Concilio Vaticano II.

A aquella situación hay que añadir un nuevo elemento: la negativa del Arzobispado de Caracas de otorgarle a la comunidad los terrenos que le había cedido en préstamo y sobre los cuales se levantaban las instalaciones de la Abadía.

Ante todo este conjunto de hechos, la Visita Canónica de 1979 presidida por el archiabado Notker Wolf recomendó "seriamente tomar en consideración si no sería en interés de la edificación y del desarrollo de la comunidad el volver a la idea expresada el 26 de mayo de 1966, en una sesión del senado, de trasladar el centro

de la comunidad a otro lugar"² donde se diera el mínimo de condiciones para ser una comunidad benedictina, entre las que se mencionaba "una tranquilidad externa para que pueda crecer, (...) un silencio interno y una atmósfera de recogimiento y oración"³. Los monjes vieron en todas estas circunstancias la invitación de Dios a darle una nueva orientación a la comunidad. El Espíritu nos indicaba nuevos rumbos.

Una vez tomada la decisión de salir de Caracas, diversos factores llevaron a la comunidad a decidirse por Güigüe, donde consiguió que el gobierno nacional le cediera un terreno en comodato. Allí se estableció en 1983 una casa religiosa como paso previo al traslado de la Abadía. La comunidad siguió en Caracas hasta agosto de 1985, cuando, después de entregar las instalaciones de San José del Ávila al Arzobispado, se mudó a la casa-colegio de Camurí Chico; aquí permanecería hasta tanto se construyera el nuevo monasterio. Ese período de poco más de dos años en Camurí Chico ha sido de transición y de profundización sobre el futuro de la comunidad: ¿qué vamos a ser y a hacer en Güigüe? Valdría la pena mencionar aquí que la respuesta que se da a esta pregunta en las líneas que siguen no es el producto de dos o tres miembros de la comunidad; sino el fruto de reflexiones comunitarias que sistemáticamente se han venido efectuando desde 1985. Lo esencial de esas reuniones y diálogos es lo que resumimos aquí.

Hemos buscado las orientaciones para nuestra nueva vida en tres fuentes principales:

— en los documentos del Concilio Vaticano II, porque formamos parte de la Iglesia universal;

— en el documento de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunido en Puebla —documento que se ha convertido en el eje de la praxis teológica de este Continente—, porque formamos parte de la Iglesia latinoamericana;

— en los documentos del XII y XIII Capítulos Generales de la Congregación de Santa Otilia, porque somos benedictinos otilienses.

Para el Vaticano II, "el oficio principal de los monjes es rendir a la Divina Majestad un servicio a la vez humilde y noble dentro

2. Conclusiones de la Visita Canónica a la Abadía de San José del Ávila en Caracas (4 al 27 de noviembre de 1979, p. 6).
 3. *Ibid.*, *idem*.

de los muros del monasterio"⁴, oficio que no se opone al carácter misionero de nuestra Congregación, pues la misión hoy no se limita a la predicación sino que supone ante todo el testimonio de la vida, como se declara en el Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia⁵. Estas ideas las recoge y comenta el XIII Capítulo General de la Congregación, en cuyo documento se lee, entre otras cosas, que todo lo que se haga en pro del desarrollo del hombre total es, en el sentido de la Iglesia de hoy, misión, pues "misión" es sinónimo de "evangelización", y esta es anuncio de transformación integral del hombre. Y prosigue diciendo que una forma de evangelizar es siendo *comunidad espiritual* inserta en la vida de la Iglesia local⁶. Consécuente con esto, los nuevos Estatutos de la Congregación señalan que el apostolado de sus miembros "consiste en primer lugar en el testimonio fidedigno de su vida benedictina de oración y trabajo" (art. 56).

Por otra parte, nuestra realidad de ser comunidad en América Latina nos llevó a preguntarnos sobre nuestro papel en la evangelización en el presente y futuro de este continente. Es significativo que el capítulo del Documento de Puebla relativo a los religiosos como agentes del Evangelio, señala como primera opción hacia una vida consagrada más evangelizadora, "una consagración más profunda" que implica:

— "Acrecentar por los medios más convenientes la vivencia de la consagración total y radical a Dios que comporta dos aspectos inseparables y complementarios: entrega y reserva a Dios generosa y total y su servicio a la Iglesia y a todos los hombres"⁷;

— "Favorecer la actitud de oración y contemplación que nace de la Palabra del Señor, escuchada y vivida en las circunstancias concretas de nuestra historia"⁸;

— "Valorar el testimonio evangelizador de la vida consagrada como expresión vital de los valores evangélicos anunciados en las Bienaventuranzas"⁹.

4. *Perfectae Caritatis*, 9.

5. Cf. *Ad gentes* 11, 18, 40.

6. XIII Capítulo General de la Congregación, cf. *Reflexiones sobre el presente*, 2.

7. D.P., 759.

8. *Ibid* 760.

9. *Ibid* 761.

Todos coinciden, pues, en resaltar el testimonio, que Pablo VI consideraba "primordial: en la evangelización", "predicación elocuente" en la que "se intuye, el papel desempeñado (...) por los religiosos y religiosas consagrados a la oración, al silencio, a la penitencia, al sacrificio"¹⁰. Por ello Puebla afirma:

Las comunidades contemplativas constituyen como el corazón de la vida religiosa. Animan y estimulan a todos a intensificar el sentido trascendente de la vida cristiana. Son también ellas mismas evangelizadoras¹¹, pues el ser contemplativa no supone cortar radicalmente con el mundo, con el apostolado. La contemplativa tiene que encontrar su modo específico de entender el Reino de Dios¹².

Esta idea del testimonio fue reafirmada por Juan Pablo II cuando, en su visita a Venezuela, dijo a los sacerdotes y religiosos que, por su compromiso con el Evangelio, "estáis llamados a evangelizar ante todo con vuestra vida. La renovación de la fe empieza por la identificación entre el mensaje y el mensajero"¹³.

El Cardenal Eduardo Pironio, profundo admirador de la vida benedictina y ex-Prefecto de la Congregación de Religiosos e Institutos Seculares, escribió lo siguiente:

La Iglesia en América Latina necesita la presencia activa de los monjes... Cuando hablé de "presencia activa" no me refiero precisamente a "la acción" del monje, a su trabajo o su tarea. Me refiero a esa fecundidad oculta que nace de la plenitud interior de la contemplación... La vida monástica se inserta, de un modo original y único, en la historia de los hombres: desde la experiencia de Dios hecho en Cristo Palabra, Alianza y Servicio. Por eso es tan importante hoy en América Latina. Nuestros pueblos pobres y sacudidos necesitan creer en el amor y en la paz, en la libertad y la justicia, en la bondad del Padre y la alegría de la salvación. Necesitan "experimentar" qué Dios ha venido a liberarnos. Necesitan conocer a hombres que han optado por la libertad y la pobreza desde el interior de una comunidad comprometida con Dios y con la historia¹⁴.

* * *

10. *Evangelii Nuntiandi*, 69; Cf. D.P. 856.

11. D.P., 738.

12. Juan Pablo II, *Alocución a las Religiosas de Guadalajara 2*, AAS LXX, p. 226.

13. Del discurso pronunciado el 28-1-85 en Caracas a los "Sacerdotes y Religiosos de la Nueva Evangelización", n° 6.

14. *Presentación al libro del P. Alurralde, Tomando por Guta el Evangelio*, Buenos Aires, 1974, 8 y 10.

Tomando, pues, en cuenta estas orientaciones teológico-doctrinales, y gracias a la multifacética actividad misionera que cabe en la Congregación de Santa Otilia, queremos implantar el monacato benedictino en Güigüe como comunidad que, en un país marcado por profundas injusticias económicas y sociales, dado al consumismo, bastante secularizado y con una escala de valores en muchos casos invertida, sea testimonio "de una real austeridad de vida, de comunión con los hombres y de intensa relación con Dios"¹⁵.

En este sentido nos proponemos instaurar aquí el monacato como género de vida perteneciente a la plenitud de presencia de la Iglesia¹⁶. Esta implantación queremos hacerla respetando y salvaguardando el propio carisma:

Es necesario... que en las actuales circunstancias de evolución cultural y de renovación eclesial, la identidad de cada instituto sea asegurada de tal manera que pueda evitarse el peligro de la imprecisión con que los religiosos, sin tener suficientemente en cuenta el modo de actuar propio de su instituto, se insertan en la vida de la Iglesia de manera vaga y ambigua¹⁷.

Es interesante hacer notar que todos los monasterios benedictinos de América Latina van en esta línea de redescubrir y ahondar en el sentido de fidelidad a su vocación específica de monjes.

Queremos ser, pues, comunidad que ora y trabaja.

Comunidad. Güigüe quiere ser un signo de comunión,

un ejemplo de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre¹⁸.

Los Capítulos Generales XII y XIII de nuestra Congregación resaltan, como ya dijimos, este aspecto de nuestros monasterios en tanto que comunidades.

15. DP, 528.

16. Ad Gentes, 18

17. Mutuae Relationes, 11.

18. DP, 273.

En un mundo lleno de discordias, de desunión, de discriminaciones, la presencia, pues, de una comunidad reunida en torno a Cristo, es siempre testimonio de que en Él y por Él es posible superar las diferencias individuales y vivir el amor. Y queremos que este testimonio sea conocido y compartido, que lleve a los que nos observan a la certidumbre de que es factible convivir en paz con todos.

Que ora. Güigüe quiere ser un lugar privilegiado para orar, irradiar vida de oración y formar maestros de ella, como lo quiere la Iglesia Latinoamericana¹⁹, un verdadero *semillero de edificación del pueblo cristiano*²⁰. Así, deseamos dar testimonio de una referencia clara y decidida de Dios, un testimonio de relación vertical fundada sobre la Roca que es Cristo.

En este sentido queremos hacer resaltar la oración como una verdadera actividad ('Obra de Dios'), actividad que, sin excluir otras, sea la principal, la columna vertebral de todas las demás, porque únicamente el hombre transformado —y sólo Cristo transforma— puede irradiar. Sin esa relación profunda y estrecha con Él, el hombre podrá ser ideólogo pero nunca testigo de Dios. Solo por una vida consagrada a la oración podremos ayudar a los hombres que tienen sed de Absoluto, y podremos enseñar a orar solo si nosotros mismos sabemos hacerlo.

Y trabaja. Güigüe quiere ser un monasterio en el que cada miembro trabaje, según su capacidad, en beneficio de la comunidad monástica y de la comunidad humana mayor en la que está inscrito. Y con esto dar testimonio de valoración del trabajo, de aprecio por todo lo sencillo y simple de la vida, lo que significa solidarizarse y compartir. Como el monasterio está pensado "a escala humana" —un máximo de unos treinta monjes—, es obvio que necesitaremos productos y servicios de fuera, con lo que de hecho ayudaremos a otros a ganarse el pan.

Trabajar juntos, compartir el fruto de nuestro trabajo, es una manera de ser también comunidad solidaria, aunque queremos que esa solidaridad vaya más allá: compartiendo con nuestros vecinos sus problemas y esperanzas, comprometiéndonos en sus luchas y afanes a la luz del Evangelio, ayudándolos a alcanzar su libertad integral.

19. D P. 954.

20. *Perfectae Caritatis*, 9.

Toda esta faceta de nuestro ser va a proyectarse de manera particular en la hospedería. Allí deseamos acoger a cuantos buscan un reencuentro con Dios y consigo mismos, para lo cual estamos dispuestos a predicarles la Buena Nueva no solo a través del testimonio de nuestras vidas, sino mediante la palabra. Creemos poder organizar retiros, cursillos, charlas, etc., sobre liturgia, Sagrada Escritura, espiritualidad. Con los huéspedes queremos compartir nuestra vida de oración cultivada en la lectio divina, y cuyo culmen lo constituyen las celebraciones litúrgicas. En dos palabras, queremos que la hospedería sea un lugar donde se realicen las pautas que la Iglesia latinoamericana establece para la evangelización futura de este Continente, es decir un lugar donde se dé *prioridad a la proclamación de la Buena Nueva, a la catequesis bíblica y a la celebración litúrgica, como respuesta al ansia creciente de la Palabra de Dios*²¹.

En esa predicación creemos que es fundamental, para evitar posibles desviaciones, presentar al Cristo total: ni solo Hombre (para que no se le confunda con un activista social o político olvidando su resurrección), ni sólo Dios (con lo que se correría el riesgo de olvidar su Cruz).

Pero, ¿quiénes serán nuestros vecinos y huéspedes? Sería interesante decir unas pocas palabras sobre la realidad humana de la zona aledaña al monasterio. Güigüe es una pequeña ciudad rural de unos treinta mil habitantes ubicada entre Valencia y Maracay, las dos ciudades más importantes de la Región Central, ciudades industriales con un gran peso en la economía del país. El conglomerado humano es, pues, sumamente heterogéneo: empresarios, obreros (nacionales y extranjeros), comerciantes, agricultores, jornaleros, estudiantes... Ellos serán nuestros vecinos y huéspedes, a ellos debemos abrirnos, a ellos debemos dar testimonio de confraternidad, con ellos debemos solidarizarnos moral y materialmente. Esto será un reto para todos porque significa que debemos estar abiertos a todos sin hacer distinciones según su status socioeconómico, pero al mismo tiempo estar lo suficientemente atentos para atenderlos tomando en cuenta sus propias necesidades de acuerdo a la especificidad de cada uno de esos grupos; en dos palabras, ni discriminación ni homogeneización. Hermosa pero ardua tarea: hacernos todo en todos para dar testimonio de que todos formamos un único Cuerpo cuya Cabeza es Cristo.

21. DP., 150.

Si quisiéramos resumir en pocas líneas lo que queremos ser en Güigüe, podríamos decir que deseamos ser monjes que, porque vivimos para Dios, podemos vivir para los demás. Es lo que la Iglesia local espera de nosotros, como lo expresa Monseñor Luis Eduardo Enríquez, arzobispo de Valencia, quien, en carta anexa al consentimiento canónico para la nueva fundación en el área de su jurisdicción, dice:

Con la plena conciencia de que estamos, vivimos y trabajamos en un orden de gracia del Señor, y que esta se obtiene especialmente por la oración, para mí un centro de oración, contemplación, vida espiritual, es una fuente perenne de esta gracia para todos los trabajos pastorales y apostólicos de esta Arquidiócesis. Tengo firme esperanza que ese Monasterio será un oasis espiritual para sacerdotes y fieles, ahora siempre en mayor número, que buscan al Señor en la oración y el silencio... Sé que la hospitalidad benedictina estará siempre abierta para ellos, y así tendrán nuevas energías para trabajar por Jesucristo y su Iglesia.

Nuestra fidelidad al Espíritu y a la Iglesia hará posible que este proyecto sea una realidad, y se vaya afinando en la medida en que seamos dóciles para que "en todo sea Dios glorificado".

II

INAUGURACIÓN DEL NUEVO MONASTERIO

Los antecedentes

Si por alguna cosa se ha caracterizado la inauguración de este nuevo monasterio benedictino venezolano, ha sido sin duda por su larga espera por parte de la misma comunidad llamada a habitarlo definitivamente y por la expectativa creada entre los muchos amigos y conocidos de esa misma comunidad, todos ellos gente estupenda, que nos ha venido acompañando con su oración y con su gran afecto en el largo camino y proceso de estos últimos años.

En efecto; quedaba ya casi lejano aquel día 22 de marzo de 1986 cuando nuestro P. Abad José María Martínez oficiaba la liturgia de la bendición y colocación de la primera piedra del nuevo edificio y el arzobispo del lugar, Mons. Luis Eduardo Enríquez, dirigía la palabra, suave en el tono pero firme en su exposición doctrinal, a los cien asistentes que acompañaban a la comunidad diciéndonos

verbalmente lo que ya antes nos había manifestado por carta: qué espera hic et nunc la Iglesia local de un monasterio benedictino. Para entonces nuestra comunidad ya había salido de Caracas definitivamente y se encontraba en una situación de provisionalidad y de transit en el pequeño monasterio de San Benito de Camurí Chico. Ambas cosas, puesta de la primera piedra y el estar de paso allí en Camurí Chico, nos hacían suspirar, como quien dice..., por la llegada del día de "la última piedra" y de lo definitivo. Rara vez este tipo de situaciones "de paso", con lo que pueden implicar de ambiguas y de sui generis, llegan a ser convenientes. Sin embargo, los cuatro años y algo más, durante los cuales nuestra comunidad llegó a asumir esa provisionalidad, tampoco puede decirse que, a la postre, resultaron perjudiciales; fueron un "intermedio" entre la anterior etapa caraqueña caracterizada por una línea pastoral muy activa, y la actual —ya distinta— vivida en la zona rural, línea que, globalmente, se acerca mucho más a los monasterios cuyo programa de vida se centra simplemente en el *ora et labora* monástico; monasterios, a su vez, ubicados habitualmente —como ahora el nuestro— fuera de las ciudades. En este sentido Camurí Chico significó, providencialmente, una preparación gradual y suavemente introductoria en el nuevo contexto monástico de modo que este no supusiera una brusquedad y, por tanto, un cierto peligro y riesgo.

La empresa constructora en un principio —dada su gran experiencia y prestigio en buen número de obras a nivel nacional— lo vio fácil... y nos habló de solo dieciocho meses de duración. Pero una abadía, tal como la queríamos, completa y total, sin dejar complementos de edificación para después, no se hace todos los días. De hecho, habría que decir que un edificio concebido como una idea y diseño unitario y en función de lo que es una vida que va a bullir allí inspirada en la Regla benedictina, sería la primera vez que se realizaba arquitectónicamente en nuestro país. ¡De ahí que bien pronto la empresa constructora pudo darse cuenta de una cierta complejidad, lo que trajo como resultado que los dieciocho meses se convirtieran en casi cincuenta...!

A lo largo de todo ese tiempo se procuró que la comunidad mantuviera un contacto casi constante con el edificio —su futura casa— que lentamente iba surgiendo; por grupos nos desplazábamos desde Camurí Chico para cambiar impresiones in situ y, a la vez, visitar a los dos monjes pioneros —P. José Alto y Hno. León— que desde aun antes de la colocación de la primera

piedra guardaban la hacienda, desarrollaban algunos cultivos y atendían a los curiosos que ya comenzaban a acercarse.

Sobre esto último es interesante subrayar el hecho de que, habiéndose escogido la parte alta de nuestro terreno para edificar allí precisamente la abadía, se notara y destacara automáticamente el novedoso edificio, nada convencional desde luego..., con la consiguiente atracción de la buena gente del entorno. Aquí descubrían dos cosas: la belleza de un paisaje privilegiado que desde nuestro terreno se divisa, y qué cosa era eso de "la abadía benedictina".

Al llegar la construcción a una etapa que permitía ya la residencia en ella de algunos monjes, fueron estos instalándose paulatinamente hasta que en octubre de 1989 nos encontrábamos ya todos los miembros: siete monjes sacerdotes, otros siete no sacerdotes y varios jóvenes postulantes. Se pudo así vivir enseguida, y prácticamente de lleno, la vida monástica y atender con más dedicación a los visitantes que, con tendencia constante a aumentar, seguían llegando desde Güigüe, Valencia, Maracay, Caracas, etc., con notable presencia de arquitectos, profesores y alumnos de arquitectura, entre otros. Todos quedaban complacidos de su visita, de la belleza del paisaje, de las características de la nueva abadía diseñada por el arq. Jesús Tenreiro a base de lo que en Venezuela llamamos "obra limpia", es decir, cemento, ladrillo y madera, sin revestimientos... y de estilo posmoderno, tal como lo clasifican hoy las escuelas de arquitectura. Curiosamente, resultó, sin saberlo de antemano, un diseño arquitectónico cisterciense de la baja edad media, concretamente de los siglos XIV y XV, según nos lo advirtió el P. Lorenzo Ferrer, diseñador de su propio monasterio de Usme, en Colombia, cuando asistía a una sesión de proyección de diapositivas en Camurí Chico junto con nuestra comunidad. Prácticamente, la historia entera de la construcción de la abadía en sus diversas etapas fue recogida sistemáticamente en diapositivas, desde tierra y desde un helicóptero, por los dos excelentes fotógrafos de nuestra comunidad, el P. Prior Otto y el P. José Alto, documentación gráfica que consideramos de gran valor.

La inauguración

Llegando a celebrar por vez primera en nuestro nuevo emplazamiento la fiesta de nuestro titular San José, el 19 de marzo de 1990, quisimos aprovechar esta circunstancia para proceder a la

bendición litúrgica de todo el edificio monasterial, rito que presidió nuestro P. Abad José María. Área por área recorrimos todo el conjunto en procesión comunitaria in himnis et canticis, acompañados además de unos pocos amigos de la comunidad.

Esta intimidad contrastaría al medio año cuando, el 22 de setiembre, tuvo ya lugar la inauguración oficial que básicamente iba a consistir en la hermosa liturgia de la dedicación de la iglesia abacial, acontecimiento al que la comunidad monástica supo prepararse a fondo, tanto espiritual como organizativamente, en los dos meses inmediatamente anteriores. Resultado de ello fue una celebración festiva muy lograda y vivida por los mil quinientos asistentes de manera intensa y gozosa.

Culminaba sobre todo así este proceso de construcción y traslado de la abadía benedictina con el rito litúrgico de la dedicación presidido por el Sr. arzobispo de Caracas, cardenal José Alí Lebrún, asistido de nuestro actual arzobispo de Valencia, Móns. Jorge Urosa, y de nuestro Padre abad José María Martínez.

Representó a los abades de nuestra congregación otiliense el P. Justín Dzikowicz del monasterio de Newton, USA; consideramos como representante de la confederación de la orden de San Benito al P. Abad de nuestro monasterio "vecino" de Mount St. Benedict, en la isla de Trinidad, dom Hildebrand Greene, bien conocido en nuestra comunidad.

Muy bien resumió el Sr. Cardenal en su homilía el significado de todo este proceso vivido por nuestra comunidad desde que hace años y tras una paciente búsqueda de su misión en nuestra Iglesia local venezolana, búsqueda no exenta de tanteos y dificultades y con grandes deseos, a la vez, de acertar. No había duda de que —como quedó subrayado por el Cardenal— ciertamente en el contexto pastoral capitalino el monasterio prestaba "un servicio", pero tal vez no el "servicio" que se esperaba en cuanto comunidad monástica y benedictina. Aludió también el Cardenal venezolano con todo acierto al decreto conciliar *Ad gentes* donde se afirma audazmente que la vida monástica debe de establecerse allí donde todavía no exista, ya que pertenece a la plenitud de la vida de la Iglesia.

Así vio el Sr. Cardenal el significado de este nuevo monasterio y la tarea de su comunidad de cara a la Iglesia local venezolana. Pero también tantos y tantos amigos de nuestra comunidad, que

masivamente acudieron a este acontecimiento eclesial y monástico, vieron reflejados sus sentimientos y expectativas en las palabras del Cardenal Lebrún, así como en las que, al final de la Eucaristía, dirigió a toda la asamblea nuestro P. Abad.

Por otra parte, la celebración de esta liturgia tan particular de la dedicación de la iglesia abacial —como luego se oyó comentar entre los asistentes— fue bien lograda y participada al pleno por todos los fieles, de modo especial por medio del canto litúrgico. Una equilibrada selección de canto popular religioso, polifónico y gregoriano, acompañados por el nuevo órgano, contribuyó en buena medida a dar un expresivo relieve a los textos bíblico-litúrgicos de este rito visto por vez primera por la inmensa mayoría de los que formábamos la asamblea litúrgica. De esta manera, y afortunadamente, no se redujo todo a un simple espectáculo oficiado por "los curas"... Allí fue fácil verificar cómo obispos, abades, sacerdotes, monjes, religiosos y religiosas, autoridades civiles, empresarios constructores, arquitectos, ingenieros, artistas, jóvenes y personas maduras, se fundían en una celebración gozosa y participada, integrados en una misma expresión de fe, en una liturgia viva, lo cual impactó fuertemente en todos y ha de perdurar, sin duda, en el recuerdo de cada uno de los que tuvimos la oportunidad de compartir este acontecimiento de nuestra Iglesia local y de nuestra comunidad monástico-benedictina.

Fue admirable la colaboración que encontramos en los jóvenes de la parroquia de Güigüe que aseguraron el buen funcionamiento del estacionamiento de los carros, la vigilancia, los servicios varios, así como en el grupo de Encuentros Conyugales de nuestra arquidiócesis, sobre todo para el momento del almuerzo. Ya, desde la llegada de los primeros miembros de nuestra comunidad, las relaciones del monasterio con la población a la que pertenecemos fueron auténticas y a la vez discretas; en esta ocasión se revelaron muy cordiales. El pueblo de Güigüe se siente además orgulloso de tener precisamente en su área la abadía benedictina.

Finalmente, fue ese día la oportunidad que muchísimos aprovecharon para conocer la zona de clausura, como es tradicional en estas inauguraciones. Claustro, refectorio, biblioteca, etc., fueron recorridos con un cierto grado de curiosidad si se tiene en cuenta que eso de "clausura" conlleva siempre para los extraños alguna carga de "misterio"... Los monjes acompañantes se encargaron con sus sencillas explicaciones de eliminar esa imagen romántica y fantasiosa.

Con el canto de las vísperas al caer de la tarde entrábamos ya en el habitual clima de la vida monástica enmarcada en la paz benedictina. Se nos abría a partir de entonces todo un nuevo capítulo de cara a la historia del monacato en estas tierras venezolanas, ardientes y promisoras...

Abadía de San José
Güigüe 2010
Venezuela

JESÚS MARÍA SASÍA, OSB